

I. ARTÍCULOS

HEGEMONÍA NORTEAMERICANA EN MEDIO ORIENTE. ALGUNAS PREMISAS

Gilberto Aranda y José Morandé

Universidad de Chile

Una vez iniciada la intervención norteamericana en el Golfo Pérsico, surgen algunas preguntas acerca de las motivaciones de la empresa militar, así como su trasfondo teórico. Las líneas siguientes constituyen una aproximación a los imperativos norteamericanos que orientaron la campaña militar. En este examen se soslayó la evidente relevancia del factor económico, que explica el interés de Washington por controlar el Estado que posee la segunda reserva mundial de crudo. Lo anterior, debido a que se trata de una aproximación a las percepciones norteamericanas, las que se centran en consideraciones en materia de seguridad y definiciones políticas. Finalmente se procederá a revisar algunos de los elementos constitutivos de la llamada “Guerra contra el Terror”.

El terrorismo de nuevo cuño

Cualquier examen de la actual estrategia política norteamericana en Medio Oriente debe considerar las percepciones de amenazas vigentes en la clase dirigente norteamericana. En ese ámbito, destaca la emergencia de las nuevas amenazas asimétricas, particularmente la de una nueva forma de terrorismo.

En principio, el terrorismo es una de las formas de violencia política más antiguas en la historia de la Humanidad. En la imposibilidad de lograr metas políticas mediante los canales previstos en el orden político de una sociedad, el terrorismo intenta enviar un mensaje ideológico o religioso mediante la inoculación del pánico en un público determinado.

Su táctica histórica fue el “enfrentamiento indirecto”, mediante el cual se evitaba la colisión con el aparato militar del Estado, optando por operaciones contra personas con cargos públicos¹.

Aunque el terrorismo contemporáneo conservó la táctica de enfrentamiento indirecto, amplió sus objetivos a vastos tramos civiles de la población. Con retazos de la Guerra Fría, Estados Unidos lo consideró como una “práctica premeditada, una forma de violencia motivada políticamente contra objetivos no combatientes por parte de grupos subnacionales o agentes clandestinos que intentan influir en una audiencia”².

Este viejo paradigma de terrorismo suponía el respaldo de Estados determinados. En la actualidad, y ante la emergencia de redes transnacionales terroristas, ha aparecido un nuevo terrorismo de motivación religiosa, que extendió los límites de su alcance, intentando producir bajas humanas en forma masiva.

Este nuevo terrorismo se hace visible para Estados Unidos bajo la Presidencia de Bill Clinton, manifestándose tanto dentro como fuera de su territorio. Entre dichas acciones terroristas hay que contar el atentado con explosivos en el World Trade Center de Nueva York en 1993; los ataques de gas sarín en el Metro de Tokio en 1995; el atentado y destrucción del edificio federal de Oklahoma City en abril de 1995 y los atentados a las embajadas norteamericanas en África, Kenya y Tanzania, durante 1998.

Es sintomático constatar los puntos de vista de investigadores estadounidenses, en orden a identificar los desafíos que en el ámbito del terrorismo comenzaron a confrontar los Estados Unidos desde la década de los noventa. Entre otras apreciaciones recogieron³:

1. El poderío militar de Estados Unidos y su estatus de única superpotencia llevaría a sus adversarios hacia estrategias asimétricas, incluyendo el terrorismo.
2. Estados Unidos no sería capaz de detener a tales adversarios, dada la pasión religiosa que orienta una conducta violenta.
3. El advenimiento de la era de las Armas de Destrucción Masiva (ADM) y la irrelevancia creciente del viejo paradigma de la Guerra Fría de la disuasión nuclear, podría eventualmente elevar al terrorismo desde un nivel táctico hasta

¹ Waltzer, Michael, *Guerras Justas e Injustas. Un Razonamiento Moral con Ejemplos Históricos*. Barcelona: Paidós Editorial, 2001, pp. 270.

² Hudson, Rex and the Staff of Federal Research Division of The Library of Congress, *Who Becomes a Terrorist and Why. The 1999 Government Report on Profiling Terrorist*. The Lyons Press Guilford, Connecticut, 1999, p. 18.

³ Simon, Steven and Benjamín, Daniel, “The Terror”, *SURVIVAL*, Vol. 43, Number 4, Winter 2001, pp. 5-15.

- constituirse en un desafío estratégico. Respecto a este punto se recomendó preparar una respuesta proporcional.
4. Dada la naturaleza de las ADM y del terrorismo cibernético, los ataques podrían proceder desde casi cualquier lugar. La responsabilidad de los actos terroristas ejecutados sería difícil, si no imposible, de determinar.
 5. Era altamente plausible que se ejecutarían ataques en territorio norteamericano.
 6. El surgimiento de actores no estatales con vocación de confrontación con Washington representaría un desafío a los recursos y métodos tradicionales de inteligencia de Estados Unidos. Particularmente, la dificultad para infiltrar a dichas organizaciones no estatales debería ser compensada atacando su respaldo logístico.
 7. Dadas dichas condiciones, los Estados Unidos deberían incrementar sus esfuerzos para revertir sus vulnerabilidades, desde que las amenazas emergentes pueden ser de naturaleza y origen que no se puede anticipar o prevenir de manera absoluta. Por lo tanto, es necesaria la renovación de un programa nacional de defensa civil y de protección de la llamada infraestructura crítica.
 8. El gobierno norteamericano, por sí mismo, debería mejorar la coordinación de programas y presupuestos en las áreas de reforzamiento legal, inteligencia, diplomacia y capacidad militar.
 9. Por la naturaleza de la amenaza, los Estados Unidos no podrían contenerlas por sí solos. En consecuencia, la cooperación con otros Estados aliados de Washington resultaría esencial.

Los Estados Unidos, bajo la administración Clinton, intentaron responder al reto del terrorismo religioso (mayoritariamente islamista, aunque también protagonizado por corrientes cristiano-fundamentalistas), inyectando considerables recursos para combatirlo, lo que significó duplicar los gastos en la lucha desde diferentes frentes –prevención y contención– desde 1994 en adelante, llegando a más de 10 mil millones de dólares durante el año 2000.

Del mismo modo, en el transcurso de los noventa, hubo en EE.UU. importantes esfuerzos de innovación legislativa y burocrática para combatir el terrorismo, patrocinados por la Casa Blanca. Se puede citar, entre otros, la firma del Acta Anti-Terrorista de Pena de Muerte Efectiva en 1996, con la creación de un tribunal especial para expulsar a extranjeros en forma expedita, y consideración de carácter criminal a la asistencia material o financiera prestada a organizaciones consideradas terroristas.

Entre 1995 y 1998, la administración Clinton dictó tres Directivas Presidenciales contra el terrorismo, expandiendo y redefiniendo el papel de la Casa Blanca sobre la dirección y control de las actividades operacionales en esta materia.

El 13 de octubre de 1997, se presentó el informe de la comisión presidencial acerca de infraestructuras críticas, segmentándolas en cuatro áreas principales: energía, banca y finanzas, transportes y distribución y servicios vitales a la población. Las amenazas principales identificadas fueron el cyberterrorismo y el bioterrorismo. Paralelamente, la FEMA (Federal Emergency Management Agency) desarrolló, en colaboración con el Departamento de Defensa, un programa de acción bajo situaciones de emergencia NBQ (nuclear, bacteriológica y química).

Durante la Cumbre de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) de abril de 1999 fue introducido dentro del concepto estratégico de la Alianza (punto 24) el riesgo de ataques terroristas contra los Estados signatarios del Pacto.

Complementariamente, y siguiendo el viejo paradigma del terrorismo, fueron identificados ciertos Estados como los principales sostenedores de este terrorismo religioso de nuevo cuño: Irán, Irak, Siria, Sudán, Libia y Corea del Norte. La retórica predominante fue la de identificar dichos Estados como “irresponsables”.

En consecuencia, se puede concluir que en plena administración Clinton la neutralización de un terrorismo de nuevo cuño, con móviles culturales-religiosos, llegó a ser una prioridad para el gobierno norteamericano debido al incremento del radio de acción del fenómeno. Éste se expresó a través de cinco manifestaciones:

- El surgimiento de la religión como el factor ideológico predominante para los ataques terroristas.
- La defensa de una religión se transformó en el mecanismo de cohesión de amplios contingentes humanos de múltiple extracción nacional.
- El incremento letal de los ataques.
- La creciente competencia tecnológica y operacional de los militantes.
- La voluntad confirmada de la dirigencia de los movimientos transnacionales terroristas para obtener armas de destrucción masiva.

La reflexión político-académica

Un segundo elemento por considerar para comprender el papel que Estados Unidos ha desempeñado en el Medio Oriente es la interpretación que hacen algunos círculos académicos estadounidenses del nuevo orden internacional de pos Guerra Fría, particularmente del segmento de intelectuales con participación en el proceso de toma de decisiones. Algunos de los más prominentes representantes de la academia estadounidense han participado activamente en el diseño de la política exterior de su país, tanto en las administraciones demócratas como en las republicanas. Es el caso de Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski y Samuel Huntington. La revisión de sus tesis en torno a la relación norteamericana con los países de cultura islámica se

enmarca en una mirada de los asuntos internacionales, centrada en la posición que ocupa Estados Unidos en el Sistema Internacional de Estados. Algunas de las premisas comunes a todos es la consideración de Estados Unidos como una potencia global:

1. En el ámbito militar, su alcance es inigualado.
2. En el plano económico sigue siendo la locomotora del crecimiento global, no obstante la emergencia de otros actores como Japón y la Unión Europea, con Alemania como centro.
3. En la dimensión tecnológica mantiene una posición de liderazgo global en los sectores punta de la innovación.
4. En el ámbito cultural, pese a cierto grado de tosquedad, disfruta de un fuerte atractivo a partir de la llamada cultura pop dirigida a segmentos etarios juveniles e infantiles.

En las especificidades, Brzezinski plantea que la combinación de los cuatro ámbitos referidos es lo que hace de los Estados Unidos la única superpotencia global extensa⁴. Para Brzezinski, los principales rasgos del nuevo orden internacional estadounidense son:

1. Un sistema de seguridad colectiva que incluye mandos y fuerzas integrados (OTAN, el Tratado de Seguridad entre EE.UU. y Japón, etc.).
2. Cooperación económica regional (APEC, TLC e instituciones especializadas de cooperación global, como Banco Mundial, FMI, OMC).
3. Procedimientos que hacen hincapié en la toma de decisiones por consenso, aunque dominadas por los Estados Unidos.
4. Preferencia por la participación democrática dentro de alianzas claves.
5. Rudimentaria estructura constitucional y judicial global (que va desde el Tribunal Internacional de Justicia al tribunal especial para juzgar los crímenes de guerra en Bosnia).

A partir de estas bases, los referidos intelectuales enfatizan diferentes aspectos. Para Kissinger, Estados Unidos disfruta de una preeminencia global –sin rivales– en el mundo, lo que entraña una paradoja en su política exterior⁵. Esta se manifiesta en que, por una parte, dicha potencia ha llegado a ser lo suficientemente poderosa como para reconocer su hegemonía mundial, pero al mismo tiempo, sus prescripciones reflejan generalmente tanto presiones de su política interna como

⁴ Brzezinski, Zbigniew, *El Gran Tablero Mundial. La Supremacía Estadounidense y sus Imperativos Geoestratégicos*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1998.

⁵ Kissinger, Henry; *Does America Need a Foreign Policy? Toward a Diplomacy for the 21st Century*; Simon & Schuster, Inc.- New York, NY. 2001.

resabios y reiteración de premisas de la Guerra Fría. El resultado es que dicha supremacía puede llegar a transformarse en irrelevante en muchas de las situaciones que están afectando y transformando seriamente al nuevo orden global. De esta forma, en la visión de Kissinger la arena internacional exhibe una combinación de extraña sumisión al poderío de Estados Unidos, con una exasperación ocasional frente a las prescripciones y confusión de los propósitos de largo plazo de la política internacional de dicho país.

La perspectiva civilizacional de Huntington, en cambio, enfatiza la hegemonía cultural de Occidente, liderado por Estados Unidos⁶. Este autor señala que, en el largo plazo, Occidente debe coexistir con otras civilizaciones, para lo cual cada una de ellas debe aprender a convivir a través de un entendimiento mutuo y en el cual Occidente haga prevalecer sus valores y prescripciones tradicionales con la modernidad. En el corto y mediano plazo, propone promover una mayor cooperación y unidad dentro de Occidente, particularmente entre los componentes norteamericanos y europeos. Una segunda fase contempla la incorporación de los países de Europa del Este y de América Latina, cuyas culturas, aunque no plenamente occidentales, están más cercanas a Occidente.

Respecto a otras culturas, sugiere una política dirigida a la prevención del escalamiento de conflictos locales en guerras mayores y promover la cooperación intercivilizacional. Ello significa:

- Profundizar las relaciones cooperativas con Rusia y Japón.
- Limitar la expansión de la fuerza militar de los Estados confucionistas e islámicos. Al respecto, se sugiere explotar las diferencias entre esos Estados para desviar el conflicto con Occidente.
- Moderar la reducción de las fuerzas militares de Occidente y mantener la superioridad militar en el Este y Sudeste de Asia.
- Apoyar en otras civilizaciones grupos simpatizantes con los valores e intereses occidentales.
- Fortalecer instituciones internacionales que reflejen los intereses y valores legítimos de Occidente y promover el involucramiento de los Estados no occidentales en estas instituciones.

Desde esta visión, que enfatiza el papel predominante de Estados Unidos en el sistema internacional, Huntington se refiere al orden específico de Medio Oriente. El autor fue de los primeros que abordó esta cuestión, a propósito de los desafíos planteados por la emergencia de los movimientos islamistas.

⁶ Samuel P. Huntington, *El Choque de las Civilizaciones y la Reconfiguración del Orden Mundial*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1996.

Para el cientista político norteamericano, en la Guerra del Golfo, aunque pocos gobiernos musulmanes apoyaron abiertamente a Saddam Hussein, muchas élites árabes lo alabaron en privado, siendo muy popular entre el público árabe. En la nomenclatura de Huntington, los “movimientos fundamentalistas islámicos” dieron su respaldo a Irak, antes que a los gobiernos de Kuwait y Arabia Saudita, a su vez respaldados por Occidente.

Renunciando al nacionalismo árabe, Saddam Hussein explícitamente invocó el sentimiento islámico. Tanto él como sus partidarios intentaron definir el conflicto como una guerra entre civilizaciones (Occidente contra el Islam). Las declaraciones del líder religioso de Irán, Ayatollah Ali Jomeini, constituyeron un llamado a “una Yihad contra la agresión norteamericana”. El rey Hussein de Jordania afirmó que la guerra era “contra todos los árabes y todos los musulmanes y no solamente contra Irak”.

Los gobiernos árabes, a su vez, se opusieron o distanciaron entre ellos ante las presiones posteriores de las fuerzas occidentales por imponer sanciones a Irak, incluyendo la zona de exclusión de vuelos en ese país.

Frente a este análisis, Kissinger recurre al paradigma sistémico de la escuela neorrealista. Medio Oriente constituiría un mundo en “transición”. Para ello recurre a una analogía con la Europa del siglo XVII, marcada por la Guerra de los Treinta Años y las luchas religiosas. En la visión de Kissinger, las raíces del conflicto son ideológicas y religiosas; por lo tanto, las máximas de la diplomacia tradicional para alcanzar la paz no son aplicables. En consecuencia, para transitar de esta situación de irreconciliables posiciones culturales hacia intentos de soluciones de “compromiso” al estilo democrático occidental, Kissinger, quien escribe antes de los atentados del 11 de septiembre de 2002 en Estados Unidos, propuso una política de aproximación hacia el régimen islámico más moderado de Khatami en Irán, asumiendo que esta política debe vincularse al abandono del país islámico de la exportación de su revolución y de su apoyo al terrorismo internacional.

Lo anterior supone que el liderazgo de Estados Unidos es esencial para alcanzar un acuerdo con Irán. De esta manera, Kissinger sugería que los esfuerzos norteamericanos se dirigieran a alcanzar un consenso trasatlántico que relacionara la diplomacia con razonables presiones y acuerdos con Irán, de tal forma que una política firme, consistente y conciliatoria pudiese llevar a Irán a tomar acciones políticas concretas para una relación cooperativa de largo plazo.

Estas tesis sirvieron de marco, ante los cambios que experimentó la agenda política norteamericana después de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

La nueva estrategia global norteamericana

Después de la Guerra Fría, medio siglo de antagonismo bipolar quedó atrás. La Doctrina Truman y sus corolarios Acheson y Kennan cayeron en la obsolescencia. Un académico de la Universidad de Georgetown, como John Ikenberry traduce tales doctrinas en la asunción de dos estrategias políticas globales. La primera, que evaluó como una orientación realista organizada alrededor de la contención, la disuasión y el mantenimiento del balance global del poder de cara a la expansión soviética; y una segunda, complementaria a la anterior, que era de orientación liberal y que contemplaba básicamente la reconstrucción de la economía mundial⁷. Mientras la primera era la estrategia que construyó la generación de acuerdos defensivos del tipo TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) y OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), la segunda promovió el libre comercio, la democracia liberal y la institucionalización de las relaciones multilaterales, lo que devino en la creación del sistema de Breton Woods, con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la reciente creación de la Organización Mundial de Comercio; así como otras organizaciones intergubernamentales de carácter regional como la OEA (Organización de Estados Americanos).

Los gobiernos de Bush y Clinton, en los noventa, hicieron depender menos que sus predecesores de la Guerra Fría, su visión de Nuevo Orden Internacional de los desafíos externos al sistema. Intensificar las relaciones y preservar la estabilidad del sistema fueron los énfasis de la administración de Bush, mientras que Clinton propuso la expansión de la democracia y la apertura de nuevos mercados como la mejor garantía para la fundación de comunidades globales y regionales, así como la reforma política y la integración económica de los países subdesarrollados.

No existe plena coincidencia respecto a la estrategia adoptada por Washington. Para ciertos autores, la estrategia de sentar hegemonía mediante la fuerza se podría vislumbrar ya desde el conflicto bélico de Kosovo. Después de cuatro meses de bombardeos sobre Serbia, la OTAN no lograba el objetivo de sacar a los serbios de Kosovo. En mayo de 1999, el mando Atlántico comenzó a buscar una solución de compromiso que pasaba por la intermediación rusa. Moscú presionó a Milosevic, logrando convencerlo de retirarse del territorio kosovar; sin embargo, los líderes de la OTAN presentaron los términos de la rendición serbia de una manera unilateral. La respuesta rusa fue que uno de sus contingentes militares en Bosnia cruzó las fronteras para apoderarse del aeropuerto de Prístina. Para Escudé, el incidente significó un enfrentamiento de bajo nivel entre Rusia, que reclamaba un mayor papel en los asuntos referidos a su antigua órbita de influencia y el intento

⁷ Ikenberry, Jonh, "America's Imperial Ambition", *FOREIGN AFFAIRS*, September/October 2002, Volumen 81, Number 5, pp. 45-47.

occidental de expandir los límites de su sistema jerárquico de relaciones sobre áreas del planeta que antaño estuvieron fuera de su control⁸.

Simultáneamente, desde el flanco de oposición republicana, se constituyó en Washington hacia 1997 un grupo de estudio y reflexión, bajo el nombre de Proyecto para un Nuevo Siglo Americano. Dicho referente estuvo conformado por el actual vicepresidente norteamericano, Dick Cheney, el actual secretario de Defensa, Donald Rumsfeld; el jefe del Consejo Asesor de Política de Defensa, Richard Perle; y el actual subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz. Los miembros tenían en común haber trabajado en la administración Reagan, y tener una visión expansiva de la hegemonía norteamericana en el orbe. El grupo publicó un *paper* denominado “Reconstruyendo la Defensas de América. Estrategia, Fuerzas y Recursos Para un Nuevo Siglo”, cuyas principales conclusiones fueron:

- Reposición permanente del poder norteamericano en Europa Sudoriental, el Sudeste Asiático y el Medio Oriente.
- Modernizar las Fuerzas Armadas norteamericanas, lo que incluiría potenciar las ventajas tecnológicas en la aviación y los sistemas submarinos.
- Desarrollar un sistema defensivo de misiles, en forma coherente con la estrategia de dominio del espacio.
- Controlar la “Comunidad Internacional” del ciberespacio.

Sin embargo, existe consenso en evaluar los atentados del 11 de septiembre de 2001 como un punto de inflexión que marcó el fin de los años de posguerra fría. Si gran parte de los noventa representaron para Estados Unidos una década de prosperidad interna, lo que significó mantener la estabilidad política externa, el nuevo milenio reposicionó los desafíos externos bajo formatos distintos a los de la Guerra Fría. La respuesta de Bush a los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono fue moverse hacia una estrategia “neorrealista” en términos de nuevas relaciones entre las potencias y bloques, y básicamente, la reconstrucción del poder militar de la nación. Se trata de una nueva política marcada por la unipolaridad. Ante la crisis de su seguridad, Estados Unidos se asigna a sí mismo un papel más unilateral y anticipatorio en el ataque a los desafíos que entraña el referido terrorismo transnacional y los Estados que han desarrollado armas de destrucción masiva. Los puntos más relevantes de la nueva gran estrategia global norteamericana incluyen los siguientes siete elementos⁹:

⁸ Escudé, Carlos, *Estado del Mundo. Las Nuevas Reglas de la Política Internacional Vistas Desde el Cono Sur*. Buenos Aires: Ariel Editores, 1999, pp. 27-30.

⁹ Ikenberry, *op. cit.*, p. 48.

1. Mantenimiento del orden multipolar en que Estados Unidos no tiene competidor.
2. Nuevo análisis de los desafíos globales y la forma de enfrentarlos, lo que significa que, al no poder disuadir a las organizaciones terroristas transnacionales, éstas deben ser rápidamente eliminadas.
3. Ciertos conceptos de la Guerra Fría han quedado en la obsolescencia, por lo tanto son resignificados en beneficio de la seguridad norteamericana.
4. La emergencia de la gran estrategia global modifica la forma de comprender la soberanía estatal.
5. La depreciación general de las normas y leyes internacionales, tratados comerciales y acuerdos de seguridad.
6. Estados Unidos necesitará jugar un papel directo en la respuesta a la diversidad de desafíos, sin estar sometido a otros controles fuera de sus propios mecanismos internos.
7. Se admitió la posibilidad de que la nueva gran estrategia global pueda ocasionar ciertos daños a la estabilidad internacional.

La emergencia de la “Guerra Contra el Terrorismo”

La percepción de las referidas nuevas amenazas y las consideraciones político-estratégicas de la elite intelectual constituyeron el marco en que se desplegaron las nuevas definiciones norteamericanas en materias de seguridad y política exterior, después de los ataques contra el World Trade Center en Nueva York y el Pentágono en Washington.

En el análisis de las respuestas del Estado norteamericano se pueden establecer las siguientes áreas prioritarias de acción de Washington en la denominada “Guerra contra el Terrorismo”:

INFORMACIÓN: Involucra nuevas formas para coordinar y centralizar información relevante acerca de las nuevas amenazas emergentes, tanto intra como extraterritoriales.

POLÍTICO/DIPLOMÁTICO: Estrategia global bajo el esquema de alianzas amplias e identificación del adversario. Se crearon listas de organizaciones terroristas, así como de Estados que respaldarían la actividad de las anteriores. El punto culminante es la consignación de un “eje del mal” integrado por Irak, Irán, Corea del Norte, Libia, Siria y Sudán.

MILITAR: Análisis e implementación de campañas bélicas en Asia Central y Medio Oriente.

1. Información

Desde los atentado contra el World Trade Center y el Pentágono, EE.UU. hizo de la prevención la doctrina oficial de la “Guerra contra el Terrorismo”. La política oficial ha enfatizado que la interrupción de los planes terroristas debe producirse mucho antes que su ejecución.

De lo anterior, se desprende la importancia del acceso a información relevante, su adecuada administración, así como la coordinación en su procesamiento y análisis. Washington emprendió la reforma estructural a su sistema de inteligencia nacional, buscando optimizar su gestión y mejorar sus resultados anticipatorios.

El primer paso fue la creación de una oficina centralizada responsable de la coordinación de la lucha contra el terrorismo, lo que se tradujo en potenciar los mecanismos para monitorear el complejo de agencias estatales. Se nombró un responsable global de la lucha antiterrorista –siguiendo un modelo análogo al utilizado en el combate contra el narcotráfico–, cargo que recayó en el veterano de Vietnam y gobernador de Pennsylvania, Tom Ridge.

Un segundo momento correspondió a la edificación de una institución que tuviera bajo sus responsabilidades la coordinación de las diversas agencias de inteligencia gubernamentales. Nació así el Departamento de Seguridad Nacional, cuya principal tarea fue evacuar al gobierno federal la información relacionada con el terrorismo. Su estructura incluyó 22 agencias, entre otras, el Servicio de Inmigración y de Aduanas, la Guardia Costera, la Guardia Fronteriza, la Agencia de Gestión de Emergencias y el Servicio Secreto, todas encargadas de la seguridad, con un presupuesto inicial de 37.400 millones de dólares, y 170 mil empleados. La Agencia Central de Información (CIA) y la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) quedaron fuera del ámbito de este nuevo departamento.

El Departamento de Seguridad Nacional se organizó en torno a objetivos: a) Fronteras y Seguridad de Transportes; b) Preparación de Emergencias y Respuestas; c) Contramedidas químicas, biológicas, radiológicas y nucleares; d) Información, análisis y protección de la infraestructura.

2. Político/Diplomático

Alianzas amplias

Poco después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos implementó una estrategia de respuesta global, propiciando el fortalecimiento de los vínculos con algunos de sus Estados aliados. Para ello, instaló la discusión en el seno de organismos internacionales y en foros multilaterales, tales como la Unión Europea (UE), Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), Organización de Estados Americanos (OEA), y el Foro Económico de Asia Pacífico (APEC), organismos

que fueron interpelados por Washington para emitir declaraciones y pronunciarse acerca de los ataques terroristas.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, máximo organismo de la seguridad colectiva mundial, resolvió por unanimidad condenar los atentados, adoptando la resolución 1370. En septiembre, acordó una nueva resolución, la número 1373, en que se especificaron medidas concretas contra el terrorismo.

La OTAN invocó por primera vez en su historia el Artículo V del Tratado de Washington (1949), lo que significó que los aliados reconocen una agresión contra cualquier miembro del pacto como un ataque contra cada uno de los Estados signatarios. Mientras tanto, la UE, a través de su representación para la Política Exterior y Seguridad Común, jugó un papel de intermediación de los intereses norteamericanos, al emprender diligencias diplomáticas en Asia Central y Medio Oriente. EE.UU. asignó un papel funcional a la UE, de intermediación diplomática para obtener el apoyo o, a lo menos, la aceptación de una futura campaña militar en Afganistán.

Por su parte, los 34 cancilleres de los países miembros de la OEA acordaron una resolución exhortando a todos los Estados hemisféricos a reforzar la cooperación regional e internacional contra el terrorismo.

En la región del Asia-Pacífico, considerada central para cualquier incursión en los escenarios más sensibles de Asia Central y Medio Oriente, el presidente George W. Bush fue personalmente a Shangai para asistir al Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico (20 y 21 de octubre de 2001). No logró un compromiso unánime para la campaña que se iniciaría en Afganistán, aunque el bloque resolvió hacer una declaración contra el terrorismo. La falta de consenso provino principalmente de China, que alegó que cualquier respaldo a una intervención armada debía ser precedida de una definición internacional del fenómeno del terrorismo. Rusia, en cambio, se avino a entregar su respaldo a Washington, en parte por su propia experiencia con el radicalismo nacionalista-islámico checheno, aunque sin garantizar su compromiso futuro con otras operaciones militares.

Sin embargo, la ausencia de incondicionalidad del bloque de Asia Pacífico no significaba la dilación de los preparativos bélicos. Estados Unidos estrenaba su nueva política de alianzas amplias y flexibles, en que aparece como el Estado clave de cualquier asociación defensiva. El motor de dicha directriz es la convicción de que no existe país o coalición de países que tenga las capacidades militares de protección para responder al terrorismo transnacional y a los Estados que lo patrocinan, exceptuando Estados Unidos. Por lo tanto, cada alianza es contingente a un objetivo determinado. Dentro de esta visión, incluso los pactos militares históricos de Washington quedaron subordinados al objetivo y naturaleza de cada misión.

Acuerdos post talibán

En noviembre de 2001, se realizó en Bonn una cumbre de la oposición afgana, cuyo principal objetivo era lograr acuerdos que posibilitaran la gobernabilidad del país luego de la derrota del régimen talibán en Afganistán. De esta manera, se determinó implementar un período interino de 6 meses, liderado por un presidente que se apoyaría en una fuerza internacional estacionada en la capital, Kabul. Una vez cumplido dicho plazo se reuniría una asamblea tribal, la “Loya Jirga”, que se abocaría a encontrar al hombre que encabezaría un gobierno transitorio de 18 meses, el que se haría responsable de preparar una Carta Fundamental afgana.

3. Militar

Campaña afgana

La primera etapa de la denominada “Guerra contra el Terrorismo” tuvo por escenario a Afganistán, el que fue objeto de una campaña militar bautizada originalmente como “Justicia Infinita”, cambiada posteriormente a “Libertad Duradera”. La operación bélica acaeció entre el 7 de octubre y el 4 de diciembre de 2001.

Los objetivos político estratégicos y blancos militares tácticos fueron definidos por la potencia norteamericana, en función de una respuesta inmediata frente a Al Qaeda y el régimen talibán: fueron identificadas las bases del talibán, los campos de entrenamientos de Al Qaeda y sus refugios subterráneos, como objetivos militares.

Los objetivos político-estratégicos fueron: a) la captura de Osama bin Laden; b) la liquidación de la red terrorista de Al Qaeda; c) el reemplazo del régimen talibán por un gobierno de corte no islamista proclive a la coalición antiterrorista. El fuego aliado se concentró en el objetivo político más probable: el cambio de régimen afgano.

La estrategia militar combinó la especialización aérea norteamericana, a través de bombardeos constante de cazas y aviones norteamericanos, y la campaña terrestre, que recayó sobre la resistencia nacional afgana compuesta por las etnias tayika, uzbeka, hazara, así como facciones pashtunes, unidas en la Alianza del Norte. Durante semanas, el frente militar tuvo escaso movimiento, sometiéndose Kabul y las principales ciudades afganas a los referidos bombardeos.

El 9 de noviembre de 2001 cayó la ciudad afgana de Mazar-e-Sharif, la que fue ocupada por el general de la Alianza del Norte, el uzbeko Rashid Dostum. A partir de ese momento comenzó la conquista acelerada de la mayoría de las provincias del norte de Afganistán. La Alianza del Norte dividió sus líneas de frente con orientaciones hacia el oeste y el sur. Una ofensiva capturó el 13 de noviembre la ciudad capital, Kabul.

Los talibanes se replegaron a sus bastiones históricos de Kunduz y de Kandahar, aunque finalmente terminaron rindiéndose a la oposición militar afgana. Simultáneamente, los bombardeos sobre las montañas de Tora Bora se hicieron intensivos, para impedir la fuga de los remanentes del talibán a Pakistán.

Concluida la campaña “Libertad Duradera”, las fuerzas anglo-norteamericanas se concentraron en la eliminación de los remanentes de Al Qaeda ocultos en la región oriental de la república centroasiática. Mediante dos operaciones, “Anaconda”, en marzo de 2002, y “Emboscada”, en julio del mismo año, fueron neutralizados los bolsones de resistencia islamista.

Concluida la mayor parte de las operaciones militares en Afganistán y asegurada la administración del país por parte de un régimen proclive a los Estados Unidos, Washington se concentró en identificar y definir a los próximos adversarios destinatarios de la “Guerra contra el Terrorismo”. En este punto acaeció un giro relevante en el ámbito de la retórica de los decisores políticos de la nueva administración republicana. Si durante las administraciones precedentes siempre hubo un grupo de Estados identificados como sospechosos de vincularse con organizaciones terroristas, en la nueva situación post-atentados del 11 de septiembre, se representó a tales Estados como un conjunto coherente de amenazas, caratulado como el “Eje del Mal”. Se trató de resucitar una estrategia comunicativa utilizada en tiempos de confrontación, ya fuera del tipo de alta intensidad, como fue el caso de la Segunda Guerra Mundial, como en períodos de confrontación controlada, como fue en el caso del enfrentamiento de la Unión Soviética durante la Guerra Fría. El 29 de enero del 2002, el presidente Bush, en su discurso del estado de la nación, describió a Irak, Irán y Corea del Norte como los enemigos que componían el referido “Eje del Mal”. Más tarde se agregarían Libia, Siria y Sudán. Si se atendía a la dimensión geográfica de los Estados referidos, se podía deducir la relevancia del escenario del Medio Oriente para la implementación de las definiciones norteamericanas.

Paralelamente, y durante este período, Estados Unidos adoptó una nueva Doctrina de Seguridad Nacional, cuya principal implicancia para el sistema internacional ha sido el concepto de 'ataques preventivos'. Dichas acciones comprenden operaciones militares unilaterales sobre objetivos que, en cualquier parte del mundo, se sospecha puedan constituirse en amenazas contra la seguridad norteamericana.

Política norteamericana en Medio Oriente

Cualquier consideración acerca de las relaciones entre los Estados del Golfo Pérsico y la potencia global, desde el fin de la Guerra Fría, confirma la alta gravitación que tiene para la economía norteamericana el vínculo de Medio Oriente con las

potencias occidentales, lo que transforma a la referida región en una de las áreas prioritarias para las políticas exteriores de Washington.

Independiente del grado de hegemonía global extendido por Estados Unidos en Medio Oriente, la influencia norteamericana en las concepciones y estrategias de seguridad desplegadas por ciertos países de la región ha sido evidente. Simultáneamente, el predominio económico norteamericano de posguerra fría, reflejado en la apertura comercial y de inversiones en países de la envergadura de Egipto, ha significado una influencia casi sin contrapeso en las políticas de varios Estados del Golfo Pérsico por parte de Estados Unidos.

Durante la Guerra Fría aconteció gran parte del proceso descolonizador en el Medio Oriente, y emergieron desde las fronteras impuestas por las potencias inglesa y francesa un grupo de Estados-naciones. Sobre dicha nueva situación, Estados Unidos tejió nuevas alianzas. Los países árabes eran muy importantes para Estados Unidos en lo estratégico, porque estaban en las orillas de pasos tan relevantes como el Canal de Suez y el estrecho de Gibraltar y el control al acceso norte del Océano Índico; porque formaban parte de una comunidad en rápido crecimiento demográfico unida en su gran parte por una fe; y, especialmente, porque en su territorio yacía un enorme porcentaje del petróleo¹⁰ del mundo.

La crisis de Suez relevó a Gran Bretaña y Francia de sus papeles históricos en Medio Oriente. Aún existieron fuerzas para que Gran Bretaña, Pakistán, Irak, Turquía e Irán firmaran el Pacto de Bagdad en 1956, una típica alianza anticomunista. Al año siguiente, Estados Unidos se comprometió a defender dicho Pacto, que a partir de agosto de 1959 pasó a denominarse Tratado Central. El 5 de enero de 1957, el presidente norteamericano Eisenhower envió un mensaje a su Congreso que refería a un triple programa en Medio Oriente: ayuda económica, apoyo militar y protección contra la agresión comunista.

Sin embargo, la dinámica social árabe iba a modificar los planes de Washington. Algunos de los más relevantes regímenes sultanistas árabes habían sido entronizados por potencias occidentales. Egipto, Siria e Irak fueron rápidamente desplazados por gobiernos que adoptaron ideológicamente el nacionalismo-árabe y se acercaron políticamente a la Unión Soviética. Las excepciones fueron El Líbano y Jordania, que más tarde enfrentarían sus propios conflictos internos. Washington respondió intensificando sus vínculos con sus socios estratégicos en la región, que tenían en común el ser países de base étnica no árabe: fue el caso de Israel, Turquía y el Irán del Shah, desde su regreso al trono, respaldado por la CIA, en 1953.

¹⁰ Ambrose, Stephen, *Hacia El Poder Global. La Política Exterior Norteamericana desde 1938 hasta Reagan*. Buenos Aires: Grupo Editores Latinoamericano, 1992, pp. 215-216.

En el caso de Israel, se trataba de un país vinculado por el origen de algunas de sus comunidades (la primera generación de sus dirigentes nacionales eran mayoritariamente judíos asquenazíes), así como por intereses, a Occidente, particularmente a la colectividad judío-norteamericana. Turquía se vinculó a Estados Unidos por medio de su membresía a la OTAN. Desde su ubicación geográfica bloqueaba la salida a las aguas cálidas del sur a la Unión Soviética. Irán tenía una larga frontera con la Unión Soviética, disponía de una considerable cantidad de crudo, además de rivalizar con los aliados árabes de la Unión Soviética en la región.

Solo gradualmente las monarquías, particularmente Arabia Saudita, fueron cobrando mayor importancia para la estrategia norteamericana en la región. Desde luego, su disposición de recursos petrolíferos tuvo relevancia para la asunción de dicho papel. Mientras tanto, una revolución que conjugó la acción de masas iraníes, los comerciantes y el clero shiíta, liderada por un anciano ayatollah Khomeini exiliado en París, derribó al gobierno del Shah en 1979. La revolución puso a Washington, acostumbrada a lidiar en la lógica binaria de la Guerra Fría, por primera vez ante la llegada al poder de un régimen islamista que acusaba tanto el comunismo soviético como el capitalismo norteamericano.

De esta manera, se constata que ya desde antes del fin de la Guerra Fría, Estados Unidos debió promover asociaciones de seguridad con una lógica diferente a la tradicional confrontación ideológica Este-Oeste. La victoria de la revolución khomeinista en Irán no podía ser confrontada con el dispositivo militar anticomunista del tipo TIAR de 1947 o la OTAN de 1949. La primera administración de Reagan, que paradójicamente sacó a Estados Unidos de la 'detente' y lo colocó nuevamente en franca competencia con la Unión Soviética, respondió al desafío iraní. Lo hizo mediante el establecimiento de un cordón sanitario que impidiera la extensión de la ideología islamista, a la vez que salvaguardara la producción petrolífera de los aliados norteamericanos. Nació así, en 1981, el Consejo de Cooperación del Golfo Pérsico—formado por Kuwait, Qatar, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Omán—, destinado a consolidar la influencia saudí en el área, bajo el patrocinio norteamericano¹¹. Dicho organismo complementó la red de acuerdo que Washington suscribió hacia la misma década con Ryad y sus restantes aliados del Golfo Pérsico. Tampoco se puede olvidar que tres de los miembros del Consejo—Arabia Saudita, Kuwait y Qatar—formaban parte de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

¹¹ En la reciente intervención militar anglo-norteamericana en Irak, los países partes del Consejo de Cooperación de Golfo constituyeron una fuerza militar de extracción multinacional denominada "Escudo de la Península", cuyo objetivo declarado fue defenderse de un posible ataque iraquí.

Sin embargo, la nueva relación de Estados Unidos con sus aliados y adversarios de Medio Oriente estuvo marcada claramente por la asimetría y la heterogeneidad, dado el peso específico y la naturaleza de sus participantes. Llamamos relación asimétrica, cuando el conjunto de las capacidades y márgenes de maniobra de uno de los actores involucrados es mayor que la suma de las mismas cualidades de los restantes participantes. Respecto a la heterogeneidad, ésta se manifiesta en la naturaleza de los regímenes que participan de la relación: podemos clasificar a dichos regímenes básicamente bajo la categoría amplia de regímenes no democráticos¹², comprendida tal acepción como un sistema no poliárquico:

- Civil-autoritarios del tipo nacionalista de movilización. Caracterizado por la existencia de un partido burocrático-clientelar en que una ideología nacionalista adopta contornos de un socialismo autóctono de características ambiguas. Las elites dirigentes, lideradas a su vez por un líder carismático, que con frecuencia lucharon por la independencia, instauran un régimen cargado por sus tradiciones culturales, su historia aborígen y la herencia de la colonización. Este tipo de régimen corresponde a los gobiernos de Siria e Irak, dirigidos por el Baas, así como el Egipto nasseriano¹³.
- Régimen tradicionalista, de corte sultanista. Reposa sobre el poder personal de un soberano, cuyas decisiones no están limitadas por normas sino que tienden a justificarse patrimonialmente, lo que deviene en una práctica particularista del poder. Se trata de un sistema político dominado por elites e instituciones tradicionales. Los ejemplos clásicos de esta forma de gobierno comprenden la dinastía saudita, el sultán de Omán o el gobierno de Emiratos Árabes Unidos.
- El islamismo. Constituye un fenómeno completamente nuevo, cuya práctica empírica aparece con la revolución iraní que llevó al poder al ayatollah Jomeini en 1979. Se trata de un régimen de movilización con un líder carismático. La estructura de movilización comprendió un clero y una ideología compleja, proporcionada por el Islam, que controló cada momento de la vida. El

¹² Morlino, Leonardo, "Autoritarismos", en Gianfranco Pasquino, "Manual de Ciencia Política", *Manual de Ciencia Política*. Alianza Editorial, 1988.

¹³ La República de Turquía constituye un caso diferente, dado el carácter eminentemente laico de su configuración política. Lo anterior, a pesar de que en la actualidad Turquía es gobernada por el primer ministro Recep Tayyip Erdogan del Partido de la Justicia y el Desarrollo, un referente islamista moderado. El caso de Egipto también es particular, dado que a partir de la llegada al poder de Anwar As-Sadat en 1970, el país del Nilo se abre a la opción desarrollista industrial propuesta desde Occidente, la que ha sido sintetizada bajo el lema de la *Infitah*, esto es, la apertura económica al sector privado. Sin embargo, la adopción de una economía de mercado no ha significado grandes cambios en la tradición política autoritaria egipcia.

resultado fue un régimen monista de ideología compleja, de enorme capacidad de movilización entre los creyentes¹⁴.

Todo lo anterior, dificultó los procesos de convergencia hacia niveles de mayor armonía entre los diversos actores, lo que se manifestó particularmente en el creciente anti-occidentalismo de la sociedad civil de dichos países. El resultado del análisis histórico de esta relación arroja el desarrollo unívoco de una fuerte dependencia por parte de los países de Medio Oriente respecto de Estados Unidos. De esta manera, la dinámica relacional fue simple, con Washington ejecutando determinadas políticas exteriores y sus Estados aliados reaccionando a tales políticas.

Hacia una nueva pax americana en el siglo XXI

La posición norteamericana en los albores de la administración Bush respecto al Medio Oriente puede ser resumida en los siguientes puntos:

- disminución en la profundidad de la intermediación norteamericana en las negociaciones palestino-israelí;
- apoyo incondicional a Israel;
- mantenimiento de vínculos estrechos con los denominados “Estados Árabes vinculados a Estados Unidos”;
- continuación e intensificación del régimen de sanciones en contra de Irak.

Las sanciones no fueron solo económicas, sino que contemplaron medidas punitivas, adoptadas por las potencias anglo-norteamericanas y que se tradujeron en una guerra de baja intensidad mantenida por Washington y Londres contra Bagdad. En la segunda mitad de los noventa, los radares y baterías antiaéreas iraquíes fueron bombardeados por los aviones norteamericanos y británicos que patrullaban las zonas de exclusión militar en el norte y el sur del país.

Respecto al último punto, se constata que durante la administración Clinton, la política norteamericana tuvo como uno de sus objetivos principales en la región

¹⁴ Por tratarse de un fenómeno de reciente aparición, aún se discute acerca de la nominación del régimen islamista. Aunque ciertos observadores occidentales se refirieron a ese gobierno como una teocracia, dicho orden remite a una experiencia propia del mundo holístico de tales regímenes y su corte religioso; sin embargo, en el intertanto se acude a la propia denominación que dan sus protagonistas: islamistas. Para algunos musulmanes, se trata de una teo-democracia, en tanto concilia el gobierno directo de Dios con cierto principio de elección.

del Golfo Pérsico la promoción de un cambio del régimen en Bagdad. Hacia 1998, la denominada “Acta de Liberación de Irak” fue aprobada por el Congreso de EE.UU., lo que transformó al Congreso Nacional Iraquí (CNI) –grupo opositor en el exilio, cuyo liderazgo ejerce Ahmad Chalabi– en el mayor receptor de la ayuda financiera norteamericana.

Después de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, el mayor desafío a la hegemonía norteamericana en la región ha sido el fracaso del propio proceso conducido por las elites nacionalistas árabes para modernizar sus sociedades. Como un agudo observador árabe relata:

“El fracaso del nacionalismo árabe está lejos de limitarse al ámbito político. El fracaso del proyecto desarrollista, tanto en su versión liberal prooccidental como en la burocrática socializante y antiimperialista (el Egipto de Nasser; la Argelia del coronel Huari Bumedién...), pone de relieve la imposibilidad histórica para lograr una modernización autoritaria de las sociedades árabes en el marco de una inserción dependiente del sistema capitalista mundial”¹⁵.

El temor norteamericano se vuelca entonces al islamismo, percibido como un elemento extraño, que incrementa las brechas de su propia inseguridad. En este punto, los asesores de la política exterior norteamericana sugieren promover un cambio paradigmático en la región. Como resultado de dichas transformaciones, los Estados aliados del tipo de Arabia Saudita dejarían de ser definitivamente Estados confiables, por lo que sería necesario acometer la reorganización política de la región medio-oriental: el modelo político propuesto sería de una democracia liberal, acompañada de una economía de mercado, y el país elegido correspondió a un Estado de ideología nacionalista árabe dirigida por un gobierno de corte personalista: el Irak de Saddam Hussein.

Un conflicto bélico abierto con Irak constituyó la **prosecución de la guerra de 1991**, pero con algunos elementos diferenciadores. Entre las razones internas norteamericanas hay una lógica de diversa naturaleza a la anterior guerra. Hacia 1991, Estados Unidos necesitaba inyectar dinamismo a una economía paralizada y reestablecer el equilibrio en el mercado del petróleo. En la actualidad, el complejo militar norteamericano necesita justificar la fuerte inversión en equipo bélico de última tecnología, adquirido para atender la “Guerra contra el Terrorismo”, en la que el país se embarcó después de los ataques en Nueva York y Washington D.C.

En el marco del actual conflicto, la acusación norteamericana respecto de Irak se basó oficialmente en dos cuestiones: la acumulación de armas de destrucción

¹⁵ Shariati, Ali, “Una aproximación sociohistórica a las teologías islámicas de la liberación”, en Houtart, François, *Religiones: Sus Conceptos Fundamentales*. México: Siglo XXI Editores, 2002, p. 91.

masiva—esto es, la tenencia de armas químicas y biológicas y el supuesto desarrollo de un programa de fabricación de armas nucleares— así como en las sospechas de cierta vinculación de Bagdad con un islamismo de corte sunnita, representado básicamente por el grupo Al-Qaeda. Sin embargo, no se puede obviar que el objetivo no declarado de la intervención militar fue la deposición del régimen de Hussein y su reemplazo por un gobierno prooccidental en su orientación y en su naturaleza (lo que puede ser interpretado como la implementación, al menos en el formato, de un régimen civil de corte electoral). Así, en la cúpula directiva de Washington, se operó la vinculación entre el Irak de Saddam Hussein, de ideología nacionalista árabe y que puede ser tipificado como un régimen autoritario de partido único y corte excluyente, con el terrorismo de ideología islamista (es decir, religioso) y corte transnacional que lleva a cabo Al Qaeda.

Convertida dicha relación en premisa política, ya en plena administración de George W. Bush se dio forma al Comité para Liberación de Irak, el cual se reunió con la Consejera de Seguridad Nacional, Condoleeza Rice, en orden a formular un plan para preparar a la sociedad civil norteamericana para una eventual guerra en Irak. De esta manera, Washington buscaba que su determinación política encontrara el indispensable consenso doméstico.

A partir de abril último, la prensa norteamericana comenzó a advertir acerca de los planes de guerra de Washington contra Bagdad. Aunque se desconocía la forma y la oportunidad en que se llevaría a efecto el ataque y que miembros estatales de la comunidad internacional comenzaron a reclamar pruebas para respaldar la intervención, las posibilidades de una eventual guerra liderada por Estados Unidos contra Irak ya eran altas.

Comenzaba la última etapa de las negociaciones para una intervención, que era el respaldo internacional necesario, de acuerdo con la política emergente de los atentados de alianzas amplias. En este aspecto, apareció una diversidad de puntos de vista al interior de la propia administración norteamericana. Por una parte, un sector inclinado a una intervención sin condiciones, liderado por el vicepresidente Richard Cheney, la plana mayor de los secretarios y consejeros en defensa y seguridad, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld y la consejera de Seguridad Nacional, Condoleeza Rice; integraron también este sector, el grupo más cercano al nuevo laborismo de Blair, así como la totalidad del partido conservador del Reino Unido; Israel en su conjunto y la coalición en el poder en Italia, encabezada por el premier Silvio Berlusconi.

Por otra parte, a los anteriores se enfrentaron aquellos quienes propiciaban que antes de cualquier decisión, Washington y sus aliados debían consultar a las organizaciones internacionales pertinentes. La posición fue defendida desde el Departamento de Estado norteamericano, encabezado por el Secretario de Estado, Colin Powell, y su número dos, Richard Armitage, una parte de la CIA, con su director George Tenet, y una mayoría de los países de la Unión Europea, gobernados tanto por coaliciones de derecha (Francia y Holanda) como de centro-izquierda

(Alemania). A los anteriores se sumó Rusia, que inicialmente flexibilizó su postura y, aquellas potencias que exigieron la aportación de documentos que probaran las acusaciones en contra de Irak, como fue el caso de China.

Se trató de un ejercicio de hegemonía del discurso para tratar de conquistar a la opinión pública occidental, particularmente a la norteamericana. Mientras los “halcones”, como fueron identificados los miembros del primer grupo, esgrimieron la violación sistemática a los derechos humanos y la parálisis de las organizaciones internacionales para enfrentar tales situaciones (fue recurrente el caso de Kosovo), las “palomas”, insistieron en la “legitimación” de cualquier intervención por los mecanismos previstos en el orden internacional de post Segunda Guerra Mundial, lo que equivalía a presentar las acusaciones en el seno del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Finalmente, Bush confirmó que Irak era un enemigo para la seguridad norteamericana y se refirió a la posibilidad de una invasión militar directa en contra de Irak (11.08.02), para sacar a Hussein del poder en Bagdad, en prevención de un contraataque con armas de destrucción masiva. Se trataba de la actualización de la referida doctrina de ataque preventivo.

El Capitolio norteamericano se transformó en el escenario de las pugnas entre detractores y defensores de la nueva estrategia norteamericana a colocarse en práctica primeramente en Irak. Entre los apoletas de los planes de la Casa Blanca estuvo la mayoría republicana, que respaldó a Bush en un eventual accionar contra Saddam Hussein, basado en la posesión de armas de destrucción masiva. Finalmente, el 11 de octubre de 2002, el Congreso autorizó al Presidente norteamericano a usar la fuerza si fracasaban los medios diplomáticos, en una votación en que el 69 por ciento de la Cámara de Representantes y el 77 por ciento del Senado apoyaron la posición presidencial. Cinco días más tarde, Bush firmó la resolución.

Los últimos comicios legislativos norteamericanos (5.11.02) constituyeron un sólido respaldo interno y concluyente para la política oficial de Bush. La mayoría republicana en la Cámara de Representantes se incrementó para alcanzar los 228 asientos contra 204 de sus rivales políticos demócratas, mientras en el Senado, los demócratas perdieron su mayoría a favor de los republicanos, quienes se alzaron con 51 senadores contra los 47 demócratas.

Después de la votación para renovar el Congreso norteamericano, el presidente Bush había conseguido el espaldarazo definitivo para implementar su nueva estrategia global; en el caso específico de Irak, había obtenido el indispensable consenso doméstico. Aunque posteriormente el enfrentamiento se trasladó al seno del Consejo de Seguridad de la ONU, que aprobó la resolución 1441, obligando a Saddam Hussein a permitir inspecciones de la ONU y de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA) en territorio iraquí, en lo que fue una victoria momentánea para las “palomas” de la administración republicana, dicha situación no constituyó un reconocimiento definitivo de la administración Bush a la decisión del organismo de Naciones Unidas respecto de una intervención en Irak.

Por último, los bombardeos de la alianza militar anglo-norteamericana, que se iniciaron el 20 de marzo de 2003 sobre Bagdad, abrieron un nuevo capítulo de las relaciones entre Washington y el Medio Oriente, y posiblemente una nueva etapa en la política mundial. Sus efectos en el sistema internacional constituyen, por ahora, una gran incertidumbre respecto de las reacciones futuras de la comunidad internacional y de la viabilidad de una 'Pax americana' en Medio Oriente.

ABSTRACT

Before the nineties, the U.S.A., aiming to preserve the existent U.S.A favorable system of commerce and hegemony, adopted some military global strategic concepts that infringed the sovereignty of certain countries. Since the early nineties, reacting against supposed threats to its interests worldwide, the U.S.A adopted stringent political and security considerations to maintain its supremacy. George Bush Jr. reinforced the fight against terror abroad (specially Islamic) with the help of some allies, and imposed stringent security measures at home. This policy also included the change of regimes (Iraq and Afghanistan) with the pretext that they constitute a direct threat to the U.S.A., and the installation of governments controlled by their American sponsors.